

Prácticas narrativas: entre la estrategia y la poesía social. Un debate académico necesario en contextos de violencias y reconciliaciones*

Martha Cecilia Arroyave Gómez**
Bárbara Zapata Cadavid***

Profesoras

Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia

Resumen

El propósito de este artículo, producto de la reflexión de sus autoras sobre experiencias de investigación e intervención desarrolladas en distintos escenarios, es poner en consideración algunas posibilidades de intervención psicosocial que ofrecen las prácticas narrativas en contextos de violencia sociopolítica. Para esto, se ubica metafóricamente la tensión entre la estrategia y la poesía social, como un marco conversacional; este constituye, a su vez, un escenario de intervención estético posibilitador de la emergencia de nuevas historias y la construcción de identidades enriquecidas con las víctimas del conflicto armado, que les acerquen a futuros posibles y que promuevan una cultura de paz y reconciliación.

Palabras clave: conflicto armado, identidad, intervención social, historias de dignidad, prácticas narrativas, violencia.



La revista Trabajo Social es publicada bajo la licencia Creative Commons 2.5 (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5>)

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO

Arroyave Gómez, Martha Cecilia, y Bárbara Zapata Cadavid. 2020. "Prácticas narrativas: entre la estrategia y la poesía social. Un debate académico necesario en contextos de violencias y reconciliaciones". *Trabajo Social* 22 (1): 253-273. Bogotá: Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. DOI: <https://doi.org/10.15446/ts.v22n1.79310>

Recibido: 23 de abril del 2019. **Aceptado:** 07 de noviembre del 2019.

* Este artículo es producto de un acompañamiento a dos grupos de mujeres víctimas de abuso sexual en el contexto del conflicto en dos regiones del país, de las asesorías a comunidades del oriente antioqueño sobre perdón y reconciliación en el marco del posacuerdo, de la dirección de trabajos de investigación sobre temas relacionados con el conflicto armado y afectaciones a las relaciones familiares en distintas regiones del territorio antioqueño y de la investigación en el municipio de Granada, entre los años 2017 y 2018, sobre el diseño de un modelo de acompañamiento integral para la construcción de territorios de paz.

** martha.arroyave@udea.edu.co / <https://orcid.org/0000-0003-3260-8806>

*** barbarapeople28@gmail.com / <https://orcid.org/0000-0002-0247-8222>

Narrative Practices: Between Strategy and Social Poetry.

A Necessary Academic Debate in Contexts of Violences and Reconciliations

254

Abstract

The article is the result of the authors' reflections on their research and intervention experiences developed in different scenarios. Its objective is to propose some possibilities of psycho-social intervention offered by narrative practices in contexts of sociopolitical violence. To that effect, it locates the tension between strategy and social poetry metaphorically, as a conversational framework. In turn, the latter becomes an aesthetic scenario for intervention with victims of the armed conflict, which facilitates the emergence of new stories and the construction of enriched identities that show them possible futures and promote a culture of peace and reconciliation.

Keywords: armed conflict, identity, narrative practices, social intervention, stories of dignity, violence.

Práticas narrativas: entre a estratégica e a poesia social.

Um debate acadêmico necessário em contextos de violências e reconciliações

Resumo

O propósito deste artigo, produto da reflexão de suas autoras sobre experiências de pesquisa e intervenção desenvolvidas em diferentes cenários, é considerar algumas possibilidades de intervenção psicossocial oferecidas pelas práticas narrativas em contextos de violência sociopolítica. Para isso, posiciona-se metaforicamente a tensão entre a estratégia e a poesia social, como um enquadramento conversacional; este constitui, por sua vez, um cenário de intervenção estética que possibilita o surgimento de novas histórias e a construção de identidades enriquecidas com as vítimas do conflito armado, que os aproximem de futuros possíveis e que promovam uma cultura de paz e reconciliação.

Palavras-chave: conflito armado, identidade, intervenção social, histórias de dignidade, práticas narrativas, violência.

Introducción

Caín debe seguir vivo para que la gente pueda hablar de él y con él,
para que puedan saber todos juntos en qué consisten la violencia y sus
consecuencias, la ética de nuestro ser en el mundo sin tener garantías
naturales o sobrenaturales de que seremos protegidos de nosotros mismos.
Y para conocer la violencia, este debate social puede lograr algo más que
hallar un culpable y castigarlo con la pena de muerte. (PAKMAN 2000 II)

255

Las prácticas narrativas describen una modalidad de intervención profesional que considera a las personas, las familias y las comunidades con quienes se desarrolla, como seres con capacidad de interpretar la propia vivencia. Estas prácticas otorgan distintos sentidos a la experiencia, según los acontecimientos vividos, el contexto y las creencias; contar, reconstruir y reescribir historias de vida en colaboración con comunidades de referencia posibilita a quienes las relatan ubicarse en lugares de autoría. Lo anterior constituye, sin duda, una posibilidad valiosa para avanzar en la construcción de paz como experiencia cotidiana en la que se empeña un país como Colombia.

Tras décadas de conflicto interno, pese a la firma y el compromiso por cumplir los acuerdos pactados recientemente entre el Estado y algunos de los grupos de actores alzados en armas, las poblaciones afectadas directa e indirectamente por distintas expresiones de violencia, las organizaciones y los profesionales de las ciencias sociales empeñados en la construcción de paz deben enfrentar el desafío de recuperar la esperanza, comprender la sociedad en la que viven, tejer vínculos solidarios y dismantelar los discursos de odio que persisten en mantener las divisiones y la polarización.

Construir la paz como experiencia cotidiana supone el despliegue de procesos reflexivos acerca de las formas habituales de relacionarse y convivir y del trámite de los conflictos inherentes a las relaciones; y, a su vez, requiere plantearse otras formas de hacer y participar en el diario vivir. Las prácticas narrativas de las que se ocupa el presente texto constituyen no solo una modalidad de intervención que facilita dicho ejercicio reflexivo desde las historias y los relatos, sino también una perspectiva conceptual que procura establecer conexiones entre estos y las identidades de quienes los producen.

En calidad de modalidad de intervención, las prácticas narrativas se atienen a las lógicas propias del hacer profesional —la dimensión estratégica—, aunque no se agotan en las mismas, pues se trata de una perspectiva crítico-reflexiva que reconoce a su vez la dimensión política de toda interacción dirigida a la transformación social; de ahí su interés por aspectos étnico-raciales, de clase, de género, de adscripción política, entre otros, inmersos en las historias y en las interpretaciones que de los mismos hacen

consultantes y consultores en los procesos de intervención y la forma como se despliegan las creencias sobre dichos aspectos en los discursos sobre el conflicto y sus posibles salidas.

Este artículo pone en consideración algunas posibilidades que ofrecen las prácticas narrativas a la intervención psicosocial en contextos de violencia sociopolítica, y pretende suscitar un debate académico en torno a las comprensiones que de su intervención tienen los responsables de la misma, así como de sus alcances y limitaciones. Se propone la tensión entre estrategia y poesía social como una expresión metafórica de la doble dimensión de las prácticas narrativas, en cuanto conjunto de herramientas, procedimientos, recursos y técnicas derivadas de la narrativa como perspectiva conceptual y metodológica. De igual manera, se propone la reflexión epistemológica que plantea la pregunta por conocer el carácter inasible, complejo e inmanente de la realidad social a la cual se aproxima; en este caso, las vidas de las personas, las familias y los amplios grupos de la población afectados por el conflicto interno en Colombia, sus formas de responder ante los hechos de violencia, las historias y las identidades construidas alrededor de tales experiencias y las maneras particulares de relacionarse como sociedad. De ahí la referencia a la poesía social, entendida como marco conversacional que define el dominio estético posibilitador de una intervención capaz de estimular la emergencia de nuevas historias y la construcción de identidades enriquecidas no solo con las víctimas del conflicto armado, sino también con quienes atienden sus efectos en procura de acercarse a futuros posibles, que promuevan una cultura de paz y reconciliación.

El artículo inicia con una breve contextualización de la violencia sociopolítica en Colombia que ilustra con algunos datos recientes las afectaciones del conflicto a una gran proporción de familias y comunidades colombianas y se propone como marco para el desarrollo de prácticas narrativas, dadas las posibilidades que ofrecen en el campo de la intervención psicosocial, las cuales han sido puestas a prueba en distintas latitudes y desarrolladas también en varias experiencias de trabajo de las proponentes.

Posteriormente, se dedica un apartado a la teoría que fundamenta las prácticas narrativas, expuesta también de manera sucinta, y se procura avanzar en la ilustración de la tensión que da origen al título general y a la provocación reflexiva que se pretende. En procura de efectuar un cierre provisional, se hace de nuevo referencia al conflicto interno en el contexto colombiano, planteando algunas líneas generales de acción desde el hacer

narrativo y que han sido probadas en el ejercicio profesional de las autoras como docentes, investigadoras e intervinientes.

La violencia sociopolítica en Colombia como marco para desarrollar prácticas narrativas

257

El conflicto armado en Colombia es uno de los más antiguos del hemisferio occidental; con más de 60 años de duración difícilmente puede encontrarse a un ciudadano que directa o indirectamente no haya sido afectado por este. Algunas de las cifras entregadas por el Centro Nacional de Memoria Histórica (2018) hablan de 262.197 muertos, 6.000.000 de personas desplazadas, 80.514 víctimas de desaparición forzada y 427 líderes sociales asesinados; cifras que, a pesar del subregistro, justifican plantear acciones de atención y acompañamiento a la vida del 25 % de la población que ha sido tocada directamente y de distinta manera por la guerra, y la del restante 75 % que la observa, la ignora o que, como diversos profesionales del área de las ciencias sociales y la salud, procuran no solo atender sus efectos, sino comprender las maneras como las personas, las familias y las comunidades responden al acontecimiento de las violencias desatadas y a las que han debido hacer frente durante las seis décadas de conflicto sociopolítico y armado.

El conflicto colombiano también es uno de los más complejos, dado que al tiempo que se realizan en el territorio nacional ingentes esfuerzos por mantener unas condiciones y un clima de posconflicto, donde se gestionan y sostienen procesos de diálogo y negociación con y sin alto al fuego, paralelamente se encuentran poblaciones en las cuales la guerra siempre ha estado activa, aunque se mitiga y recrudece según particulares circunstancias –por ejemplo, en sectores de los departamentos de Cauca, Nariño, Arauca, Antioquia, entre otros–. Víctimas, perpetradores y testigos de la violencia política armada comparten el territorio y, en no pocas ocasiones, el mismo hogar.

Este país que habitamos, y cuya construcción reclama alternativas que lo hagan viable, tiene entre sus desafíos aprender a vivir en paz porque la prolongación del conflicto armado ha impactado a varias generaciones que desconocen esta experiencia, la cual requiere no solo del logro y la firma protocolaria de acuerdos –tarea necesaria, ardua y colmada de escollos en una sociedad fragmentada como la colombiana– sino de la consolidación de relaciones democráticas estimulantes de la colaboración y el cuidado recíproco entre congéneres, capaces de alentar y mantener emociones que vinculen a las personas y fortalezcan el tejido social.

En medio de la multiplicidad de acontecimientos, expectativas y tensiones, ocurren también experiencias de perdón y reconciliación, simbólicas unas, efectivas otras, diseñadas y orientadas por la institucionalidad o nacidas de iniciativas cotidianas de las población afectada, con y sin reparación; esto reconfigura el panorama político nacional, exige lecturas específicas relacionadas con el conflicto en cada territorio y desafía las lógicas analíticas tanto de quienes procuran mitigar los efectos devastadores de la guerra, como de aquellos que indagan por las oportunidades efectivas y las condiciones necesarias para la construcción de procesos de paz.

Es este escenario variopinto al que se ven abocadas las instituciones públicas y privadas y los profesionales que desarrollan los programas de atención psicosocial y reparación, y es justamente donde se enfrentan dilemas políticos, éticos y técnicos que surgen de las tensiones entre la normatividad vigente; la sanción social; el perdón; la demanda de la población por la satisfacción de necesidades básicas; la correspondencia o no entre las prácticas profesionales, y la misión, visión, filosofía y criterios institucionales, entre otras; las cuales se viven y se expresan en su cotidianidad como contradicciones entre lo que esperan las comunidades y lo que puede ofrecer la institucionalidad.

Este contexto exige, en consecuencia, un abordaje desde la complejidad, lo cual implica, según Najmanovich:

[...] desembarazarse de las pretensiones de mantenerla cercada, de formalizarla, de atraparla en un modelo, de constreñirla a un paradigma. Desde mi perspectiva, la complejidad no es una meta a la que arribar sino una forma de cuestionamiento e interacción con el mundo [...]. En suma, para hacer honor a la complejidad, es preciso tomar en serio la advertencia de Deleuze: *“No hay método, no hay receta, sólo una larga preparación”*. (2008, 84)

Las tensiones a las que se alude se replican también en los diferentes dominios de intervención¹, como el de la producción, entendido como un contexto de control social, regido por las políticas, normas, procedimientos estandarizados y principios ideológicos de las instituciones y a veces de los profesionales que operan los programas, los cuales definen la intencionalidad de los procesos y a la vez excluyen a quienes no coinciden con sus estilos de pensamiento. Esto se expresa en desesperanza y agotamiento

¹ La noción de dominio es introducida por Humberto Maturana, con la idea de cuestionar la noción de realidad objetiva, asociada al pensamiento positivista, realizando la distinción entre dominio de la producción, la explicación y la estética.

profesional, entre otros efectos, además de la marginación de algunos sectores de población que quedan al margen de la cobertura de los programas de intervención (Zapata 2015).

El dominio de la explicación se refiere, en cambio, a los procesos académicos de investigación y producción de conocimiento, cuyo objetivo es acercarse a las realidades desde posturas de curiosidad, atendiendo a la idea de multiverso planteada por Maturana (2005), entendida como la búsqueda de múltiples versiones para comprender un problema, lo que genera a la vez una postura de multiparcialidad, orientada a la exploración de diversos puntos de vista y la indagación por diversas explicaciones, tal y como la complejidad de las realidades sociales lo requiere.

Desde el dominio estético, en el que se aspira ocurra y se mueva la actividad de acompañamiento psicosocial, un posible primer paso para avanzar en este propósito deriva de exhortaciones como la del profesor Pakman respecto a la necesidad de “[...] generar un debate social sobre la compleja red de circunstancias que rodean a la violencia” (2000, 11) y que en sentido similar planteará Estanislao Zuleta en su texto *Sobre la Guerra, esa borra- chera colectiva*.

Una sociedad mejor es una sociedad capaz de tener mejores conflictos. De reconocerlos y de contenerlos. De vivir no a pesar de ellos, sino productiva e inteligentemente en ellos. Sólo un pueblo escéptico sobre la fiesta de la guerra es un pueblo maduro para la paz. (1985, 12)

Avanzar en este debate social requiere trascender no solo la retórica en torno a la paz, la justicia y la convivencia, sino proponer un distinto marco epistemológico que asegure a su vez distintas comprensiones, más allá de las que recientemente han polarizado a la Nación entera entre amigos y enemigos de la paz, además de otras peculiares dicotomías que suelen establecerse en este país.

En el marco de la intervención psicosocial, generar un debate sobre la violencia se concretiza en revisar, reflexionar y validar enfoques y prácticas de trabajo que se adecúen tanto a las dinámicas poblacionales diversas, cambiantes y contradictorias que el contexto —apenas esbozado— plantea, como al tipo de conocimiento, niveles de formación, creencias, estilos de afrontamiento, concepciones sobre las relaciones de quienes se dedican al oficio terapéutico y la atención psicosocial en general que incluye acciones de prevención, monitoreo y evaluación, entre otras.

El mito recreado por Pakman (2000) en *La marca de Caín* constituye un llamado a dar testimonio sobre algo que hace a los colombianos y colombianas particularmente *notorios* en el mundo –la experiencia de un prolongado conflicto sociopolítico– y avanzar en la construcción de relatos sobre lo vivido, en los cuales las personas afectadas por hechos de violencia puedan narrar y ser escuchadas como protagonistas de historias plausibles para sí mismas, historias de dignidad, informadas por identidades individuales y colectivas construidas desde la paz y para la paz como posibilidad efectiva de relacionarse y convivir. Esto supone el análisis reflexivo de investigadores, interventores y poblaciones afectadas con respecto a su participación en los procesos de atención, reparación y reconstrucción del tejido social, en general, y de las relaciones intersubjetivas, en particular. En este contexto, las prácticas narrativas emergen como una oportunidad para avanzar en tal dirección.

Una aproximación a las prácticas narrativas y sus posibilidades en la intervención psicosocial

Con la denominación prácticas narrativas se hace alusión al trabajo con comunidades y grupos desde la perspectiva narrativa, cuyos precursores han sido David Denborough y Cheryl White, ambos docentes y trabajadores sociales del Dulwich Centre, de Australia. Constituyen una forma de aplicación de la terapia narrativa que trasciende el escenario familiar y de pareja, y convoca reflexiones que favorecen el debate social que se propone como primer paso para consolidar procesos de paz y convivencia, vividos como *historia encarnada* tanto en lo macro como en lo microsocioal.

La terapia narrativa es una modalidad terapéutica que ha ganado adeptos en los años recientes en distintos lugares del mundo, y que goza hoy de particular prestigio y reconocimiento en contextos de conflicto, violencia y sufrimiento humano en general. En Colombia se aprecia un creciente interés por la misma no solo en el dominio de la explicación, sino también en el de la producción, y, en este último, tanto en el ámbito de la consulta individual y familiar –terapia propiamente dicha– como en espacios comunitarios amplios –prácticas narrativas–, en especial en la atención a víctimas de la violencia política, en los cuales ha mostrado ser un recurso valioso (Hernández, Blanco y Molina 2013; Chimpen 2017; Estrada y Buitrago 2016). Esta modalidad de trabajo y de investigación está inspirada por dos metáforas y una relación:

- La metáfora de la conexión entre relato, conocimiento y poder, según la cual las experiencias vividas por las personas se organizan en historias dominantes e historias subyugadas o insurrectas (Epston y White 1993) que pueden invertirse a favor de la liberación de quienes las protagonizan, de aquellas creencias, ideas y prácticas que subyacen a los problemas o dificultades por los que consultan. Esta metáfora orienta *el contenido* de la terapia.
- La metáfora del rito de paso que sitúa a la intervención narrativa en un proceso en el cual pueden distinguirse tres momentos clave: separación, salida de un *mundo* conocido, saturado por la historia opresiva; situación liminal, experiencias de desorganización, confusión, acompañadas de un espíritu de exploración y profunda sensación de posibilidad; y reincorporación, resituación en el orden del mundo familiar y cultural, en una posición diferente y según la historia alternativa (White y Epston 1994).
- La relación entre identidad y narrativas se propone como recíproca en el sentido de que ambas se moldean mutuamente. Desde la narrativa, se considera la identidad como una construcción multihistoriada, esto es historias dentro de otras historias, organizadas según secuencias temporales y de acuerdo con una trama que corresponde a los anudamientos entre experiencia y nociones incorporadas según género, etnia, sexualidad, corporalidad, edad, cultura, espacios geográficos que habitamos, entre otras.

De acuerdo con García Canclini, “[...] la identidad es una construcción que se relata” (1995, 107). Los seres humanos se relacionan unos con otros, a través de las historias que se cuentan sobre sí mismos y las que escuchan sobre los demás: “[...] las historias propias y las de los otros determinan quienes somos” (Anderson 1999, 281).

Cabe en este recorrido hacerse una pregunta: ¿cómo las prácticas narrativas han alcanzado la popularidad que hoy tienen entre los profesionales de las ciencias sociales y los facilitadores de procesos psicosociales? Esta interpelación remite a explorar un trasfondo conceptual, dado que toda pregunta que hacemos a los otros y a nosotros mismos sobre esta o alguna otra práctica se relaciona con una teoría de la que da cuenta, nos pone en contacto “[...] con una teoría diferente, y también con un estereotipo diverso ligado a la teoría” (Bertrando 2009, 63).

En consecuencia, la pregunta por el renombre y cierto *encantamiento* del que gozan las prácticas narrativas entre los profesionales de las ciencias sociales –terapeutas y no terapeutas– es una pregunta por sus concepciones sobre el oficio, el lugar que ocupan en la sociedad, sobre la relación con sus consultantes o los usuarios con los que intervienen, y sobre la observación que hacen de ellos mismos y de los conflictos y dificultades de los que se ocupan, en este caso, las distintas manifestaciones de violencia del conflicto colombiano y su degradación. Son pertinentes, entonces, las siguientes preguntas: ¿cómo son comprendidas y experimentadas estas prácticas por quienes las acogen? y ¿en qué sentido las encuentran apropiadas para abordar las secuelas de la violencia y, sobre todo, para aproximarse a las maneras como las personas, las familias y las comunidades responden a la misma?

Se trata, en efecto, de preguntas por las teorías y los estereotipos de los propios profesionales en torno a la violencia y su atención, es decir, una provocación a examinar su autorreferencia, como expertos y ciudadanos que habitan, observan y/o comparten el territorio con las poblaciones afectadas de manera directa, y el ejercicio reflexivo al que se avocan desde la experiencia en la que se encuentran inmersos. Estas y otras preguntas posibles que surgen en este ejercicio exploratorio no pretenden probar las bondades o la eficacia de una perspectiva de intervención, sino comprender el interés de una comunidad profesional en una práctica y sus oportunidades de validación contextual, con asidero en una teoría consistente.

Sin embargo, es necesario advertir que la teoría es siempre demasiado estrecha como para contener todo –todo lo que se logra observar–. Cada teoría, diría Nelson Goodman (1978, citado por Bertrando 2009), es un modo de construir mundos,

[...] aunque para construir su propio mundo, la teoría debe seleccionar siempre elementos –y por lo tanto, necesariamente, perder algo [...]. No existe en el campo que nos atinge, una teoría aceptada como fuese la mecánica cuántica o la de la tabla de Mendelejev. Lo que hace que la elección de la teoría sea una responsabilidad del terapeuta hoy, en época de incertidumbres postmodernas, una responsabilidad casi del todo personal. (Bianciardi y Bertrando 2002, citado por Bertrando 2009, 74)

Sobre el interés de los interventores en las prácticas narrativas y la teoría que las sostiene y alienta, O’Hanlon anticipa una posible respuesta cuando afirma que: “La popularidad del método narrativo y de otros métodos similares tiene que ver con el atractivo que tiene para los terapeutas porque

aumenta nuestro sentido de lo posible y hace que volvamos a sentir esperanza y entusiasmo” (2001, 281).

Shona Rusell indica en sentido similar:

Transcurrían los años 70 y en Australia se estaba desarrollando con fuerza la terapia familiar sistémica. Vino entonces a participar de la supervisión un equipo perteneciente a una clínica grande en el cual intervenían sicólogas, siquiátras, enfermeras siquiátricas, trabajadoras y trabajadores sociales quienes estaban desarrollando una nueva modalidad terapéutica centrada en lograr que las personas que han enfrentado grandes desafíos y problemas en sus vidas pudieran desarrollar proyectos de vida posibles y esperanzadores a partir de cambios en la manera de contar sus historias y reinterpretar los problemas vividos. Se trataba de la terapia narrativa. (Zapata 2007, 147)

263

Esta intencionalidad de la narrativa, en caso de que las afirmaciones anteriores fueran plausibles para los profesionales psicosociales y esta modalidad ofreciera opciones para recuperar la esperanza, constituye un motivo para explorar en las prácticas narrativas posibilidades que nos ayuden a comprender la sociedad en la que vivimos y construir un efectivo asidero para operadores sociales que aspiran a dismantelar un discurso que, como en el relato macondiano, condena a algunos pueblos a vivir *cien años de soledad*.

La teoría que fundamenta las prácticas narrativas

Un examen breve sobre los orígenes de las prácticas narrativas remite a la producción del trabajador social australiano Michael White y del antropólogo David Epston en los años setenta, recogida parcialmente en la selección *Guías para una terapia familiar sistémica* –publicada en inglés en 1989 y traducida al español en 1994– y en publicaciones del campo como la revista *Family Process*, entre otras. Gran parte de ellas están inspiradas por las ideas y principios de los modelos sistémico-estratégicos de amplia difusión en la época, en especial el del MRI [Mental Research Institute] (Bertrando y Toffaneti 2004). Mientras White profundiza en la obra de Bateson, cuya orientación hacia la semántica de la comunicación y la construcción contextual de los significados dirige su investigación por la ruta de ideas y autores dentro y fuera de la terapia –Michael Foucault, Erving Goffman, Jacques Derrida, Jerome Bruner, entre otros–, Epston cuestiona el modelo médico que dominaba entonces la terapia e introduce nociones como la fenomenología de las *pequeñas culturas familiares*.

[...] propone la recuperación de una *retórica noble* que busca la adaptación y la competencia de los sistemas humanos, disolviendo la dicotomía epistemológica entre objeto y sujeto de conocimiento y recuperando también el concepto de *redes de pasaje*. (Van Gennepe 1909, citado por Bertrando y Toffaneti 2004, 316)

264

White (1993) plantea que en la cultura de la intervención es muy frecuente encontrar explicaciones en términos de *profundo y superficial*, como si quienes describen los problemas por los que son consultados se apoyaran en una metáfora geológica o minera que los incita a excavar en el mundo de las personas; propone en su lugar pensar en términos de descripciones ricas, densas o robustas –del inglés *thick descriptions*– y descripciones frágiles, simples o magras –*thin descriptions*– en correspondencia, a su vez, con la metáfora propuesta por Gilbert Ryle y Clifford Geertz (Morgan 2000).

Una historia densa es aquella que se enriquece con detalles, se conecta con otras historias y, sobre todo, proviene de las mismas personas para quienes esa historia es relevante. Una historia delgada o magra generalmente proviene de descripciones de observadores externos, trae consigo juicios y descalificaciones, no ofrece espacio a la complejidad y las contradicciones propias de la experiencia –un ejemplo podrían ser los rótulos o las etiquetas diagnósticas–. Cuanto más densa sea una descripción, mayor posibilidad tiene de incorporarse a la historia de la que hace parte y que contribuye a confeccionar, abre más posibilidades para quien la vive y la relata porque facilita construir una identidad enriquecida. Cuanto más magra es una descripción, hay mayor empobrecimiento de la identidad.

La perspectiva narrativa se inscribe en una confluencia epistemológica entre el construccionismo social, la hermenéutica y la sistémica; reconoce el lenguaje como fuente de transformación y construcción social; sustenta como primordial la relación entre contexto y significado, la capacidad interpretativa de los seres humanos y su continua participación en relaciones. (Zapata 2013, 145)

En consecuencia, tanto la investigación como la intervención social, según esta perspectiva, otorgan como significado de la palabra *historia* o *narrativa* al conjunto de eventos ligados a una secuencia, a través del tiempo y de acuerdo con un tema (*plot*). Morgan (2000) y White y Epston (1993), influenciados por las ideas de Foucault, desarrollan especial interés por los discursos dominantes de la cultura y el ejercicio del poder en la sociedad

—según la ubicación en los mundos del género, la clase, la etnicidad—. El impacto de los discursos en las historias que las personas, las familias, los grupos y, en general, los sistemas humanos crean sobre sí mismos puede ser opresivo, dominante y, por ende, problemático; por eso en la perspectiva narrativa se propone la necesidad de *deconstruirlos*.

Las historias dominantes, creadas en torno a los discursos culturales dominantes, son restrictivas, dejan por fuera aspectos importantes de la experiencia de las personas y las conducen a hacer descripciones magras y sacar conclusiones negativas sobre su identidad. De ahí la importancia de la deconstrucción, entendida como el proceso que posibilita *desarmar* o revisar cuidadosamente las creencias y prácticas de la cultura que están fortaleciendo al problema y a la historia dominante (Morgan 2000, 4). Cuando este tipo de historias —aquellas que vienen de los discursos de la cultura y se incorporan a la historia personal, familiar y comunitaria como si fueran propias están saturadas de descripciones magras y empobrecidas, colonizan las vidas de las personas, y es ahí cuando estas se enfrentan con problemas como la sensación de inutilidad, impotencia, desesperación e incapacidad para hacer frente a la vida, descripciones que acompañan generalmente la formulación de los problemas y las dificultades por las que se consulta o, peor aún, las razones que se enuncian para no buscar ayuda.

En el marco de la violencia sociopolítica y el conflicto armado es frecuente encontrarse con comunidades enteras invadidas o inundadas por historias de desesperanza y de exclusión social, como las de los habitantes de territorios colombianos en los cuales el conflicto ha estado presente de manera ininterrumpida con distintos rostros, expresiones diversas y una perenne degradación. Son municipios, veredas, comunas, barrios y personas concretas que han vivido históricamente en medio de condiciones de pobreza, exclusión y abandono estatal, al tiempo que se les estigmatiza con menciones reiterativas como *zonas rojas*, *sectores calientes*, las cuales, de tanto repetirse, terminan transformándose en marcas como la de Caín.

La desesperanza llega a ser de tal magnitud que contagia también y prontamente a quienes trabajan con estas poblaciones, pues el discurso dominante tiene pretensiones de universalidad, alienta y sostiene creencias sobre el mundo y sobre las personas, creencias tales que tienen efectos insidiosos al ser presentadas como características inherentes a los hombres, las mujeres, poblaciones enteras, grupos étnicos históricamente degradados, personas *buenas y malas*, *decentes* y las que no lo son, pueblos *pacíficos* y *violentos*, profesionales *idóneos*, la *colombianidad*, entre otras formas de identidad.

Tiene sentido, entonces, continuar preguntándose por la manera como las prácticas narrativas estimulan o no a sus ejecutantes a encontrar en las historias de la gente motivos para entusiasmarse y encontrar posibilidades donde no parecieran existir, lo que suele ocurrir en contextos particularmente afectados por el conflicto.

Entre la estrategia y la poesía social

Proponer las prácticas narrativas como una perspectiva que podría ubicarse metafóricamente en una tensión equivale, en esta reflexión, a subrayar una tarea que aún está pendiente y es la de generar un marco dialógico en el cual confluyan distintos procesos de acompañamiento psicosocial a las poblaciones afectadas por el conflicto, aún no sometidos a examen de manera rigurosa y suficiente, y al carácter inconcluso en el movimiento de contraposición aparente que originan las prácticas narrativas. Esto es el movimiento estratégico en la intervención sistémica donde se origina la terapia narrativa y la apertura de dichas prácticas a los discursos decoloniales, antiopresivos, construccionistas y críticos en los que fundamentan su reflexión conceptual, el diseño de estrategias metodológicas y el repertorio técnico, aún en construcción y adecuación a distintas experiencias territoriales, sociales y culturales.

Se trata, en consecuencia, de ilustrar un aspecto del debate que se plantea como necesario para abordar la complejidad que ocupa a los interventores sociales; se acoge la denominación poesía social que proponen Macnamee y Deissler para designar una concepción que coloca la poesía, entendida como conversación, en un primer plano: “Sólo en la conversación alcanzamos a comprender, interpretar y abrir al futuro nuestro mundo” (2013, 6).

Aunque, en estricto sentido, para que un proceso sea terapéutico² ha de ser conversacional, con privilegio de la mayor actividad de los actores sociales en algunos enfoques y modelos, y del profesional en otros, así el término conversacional se aplique de manera preferencial a las intervenciones informadas por la crítica posmoderna.

Si se considera la intervención como un proceso conversacional o poético, pierde relevancia la descripción estructural de una familia o un grupo, salvo que sean sus integrantes quienes traigan esta distinción al plano conversacional, vinculada con la historia dominante del problema que los

2 La referencia a lo terapéutico no se limita a un contexto clínico, hace alusión a toda intervención que busque disminuir el sufrimiento y generar transformación y agenciamiento en los sistemas intervenidos.

agobia en el marco del conflicto —el sufrimiento, la culpa, la impotencia, la desesperanza—, tampoco se privilegian de manera intencional narraciones en torno a la estructura de personalidad del interlocutor. En lugar de estas preocupaciones, el profesional procura asumirse y comportarse como un etnólogo y sumergirse en la conversación con consultantes, equipo observador —si cuenta con él—, remitentes, autores en los que confía y a quienes consulta regularmente y él mismo cuando pone en práctica la reflexividad; su preocupación primordial son las interpretaciones que se construyen de manera conjunta en los encuentros con los participantes. El conjunto de todas estas conversaciones constituye lo que los autores citados denominan poesía social.

Otra noción dentro del debate académico que esta reflexión propone como necesaria en el contexto de violencias y reconciliaciones de los que se ocupa es el concepto de estrategia en su acepción de anticipación, preparación y desarrollo de competencias orientadas a la toma de decisiones respecto al diseño de los encuentros con los sistemas humanos —personas, familias, grupos, comunidades— por parte de quienes se ocupan de la intervención social. Esta es una noción más familiar en el marco del control social, que puede orientar los encuentros iniciales con las poblaciones afectadas, al tiempo que facilita la coordinación entre intervinientes no familiarizados con el lenguaje narrativo.

El término estrategia se refiere, en otra dimensión, a un enfoque que ha guiado la intervención social con familias y redes, el estratégico, el cual renuncia a buscar la o las causas de los problemas que presentan las personas, en especial, causas ancladas en el pasado, pues entiende que este no se puede cambiar. En la perspectiva estratégica, el pasado solo cuenta como experiencia vivida y se evoca para identificar lo que no ha sido útil y averiguar por perspectivas o recursos que no se han utilizado aún por las personas afectadas por un problema.

Cloé Madanes (1997) plantea en su obra *Violencia Masculina* una versión actualizada de dicha modalidad, a la cual denomina *terapia de acción social*, cuyos fundamentos serían, entre otros: la disposición interactiva, la protección de los Derechos Humanos, la ética y la espiritualidad, además de las directivas como sello de la identidad estratégica. La interpretación contemporánea de esta modalidad de intervención toma distancia de la jerarquización de las relaciones tanto terapéuticas como familiares —aspecto que marcó las prácticas estratégicas de los años setenta—, lo que ilustra cómo

los enfoques que se agrupan bajo la *sombrilla sistémica* se actualizan y reconfiguran de manera continua.

Este es otro de los argumentos para plantear en esta reflexión la estrategia y la poesía social como dos acepciones de las prácticas narrativas que deben ser auscultadas, debatidas y puestas a prueba en el ámbito académico en procura de su ajuste a las condiciones específicas de los entornos en los que ocurre la intervención, de manera que se establezcan aproximaciones conversacionales entre investigadores-interventores y los dominios desde los que operan.

Karl Tomm (1998) afirma que aún para emplear las posturas implícitas en cada práctica terapéutica es necesario tomar decisiones, de modo que es posible comprender la estrategia como componente de la continuidad en la que se inserta la narrativa, y diferenciarla del estereotipado entendimiento de la misma como manipulación o *arteria* en el sentido señalado por O'Hanlon (2001). La escogencia de los procedimientos y guías de los que se dispone en las prácticas narrativas hace parte de los movimientos del interventor social y los métodos y técnicas de los que se dispone requieren de una preparación tanto remota como circunstancial.

Plantear una discusión académica en términos de tensión entre la estrategia y la poesía social no es otra cosa que estimular, al mismo tiempo, el reconocimiento de los vínculos entre las prácticas narrativas y las perspectivas críticas que reconocen la dimensión política de toda interacción dirigida a la transformación social. La comprensión que construyen individuos, familias, comunidades y profesionales, cuya conexión se entiende según la analogía del texto que se formula en el ámbito narrativo, surge de una interacción en la cual no solo *existe* el texto, sino que también emerge la nueva narración; el texto que se despliega no es ni la historia que proponen los sujetos participantes ni la del interventor social, sino una construcción de todos los participantes (Lax 1997).

Empero, la decisión de lo que se hace en un encuentro narrativo, o en el proceso de creación conjunta de un documento que se hace público en un encuentro grupal o comunitario, corresponde a la iniciativa del operador psicosocial –facilitador en el contexto de las prácticas narrativas– y constituye a la vez un privilegio y la posibilidad de escogencia de una ruta a seguir.

Métodos como la externalización, que consiste en instar a las personas a cosificar y, a veces, a personificar los problemas que las oprimen en procura de conseguir que experimenten una identidad separada del problema, con base en una premisa: “[...]el problema es el problema, la persona es la

persona, la persona no es el problema” (White y Epston 1993, 55), exigen no solo una adscripción a la postura política sobre el discurso dominante planteada por las prácticas narrativas, sino también seguir la sucesión deliberada de preguntas que, de manera sistemática, se utilizan para la externalización, la deconstrucción de los discursos dominantes y la disolución de las historias opresivas.

El interés por las prácticas informadas por la metáfora literaria y los rituales de paso en los que se inspira la narrativa es de los interventores sociales, quienes en versión de O’Hanlon (2001) activan en su ejercicio un fenómeno al que denomina *contratransferencia de teorías*, el cual describe como un enamoramiento de las teorías, de tal forma que se les da vida a través de las personas que participan en los encuentros –a las que se ofrece apoyo y se acompaña en la interacción profesional–. Este correspondería al llamado efecto Pigmalión, que, en palabras de Boscolo y Bertrando (1998), significa enamorarse de las ideas. Al interpretar los pedidos y demandas de los consultantes desde una cierta teoría, acompañarlas en el proceso con las estrategias y procedimientos consistentes con la misma y obtener resultados satisfactorios y plausibles para ambas partes, se concluye que dichas teorías y procedimientos son acertados y el enamoramiento se incrementa.

Es evidente que la preferencia por una práctica no parte de los usuarios o consultantes, afirma O’Hanlon:

Ellos no entran a la consulta pidiendo ayuda para “hacer frente a la anorexia”, para tener una “conversación liberadora” o pidiendo que “deconstruyamos su identidad social”. En general los consultantes no suelen decidir qué teoría les puede ir mejor para después buscar un profesional que trabaje con ellos. (2001, 281)

Así, pues, la poesía social como marco conversacional por excelencia constituye un escenario estético para tomar las decisiones que puedan ajustarse mejor a las condiciones contextuales en las que discurren los encuentros facilitadores con las personas afectadas por la violencia, aunque no es garantía alguna de inmunidad frente a los riesgos que, como toda práctica, suponen las de tipo narrativo y en los que se incurre de manera involuntaria. Un ejemplo sería el de interpretar o renarrar con los participantes historias dominantes, *sin darnos cuenta de que reproducimos o alentamos un estado de cosas socialmente injusto* (White 2002), y esto debido a que también la identidad del profesional se empobrece en una cultura dominada por los mensajes de la publicidad, los consejos de los *expertos*, los libros de autoayuda y

toda suerte de dirigentes *que nos dicen cómo debemos pensar y quiénes debemos ser* (O’Hanlon 2001). Navegamos en las mismas aguas turbulentas en las que lo hacen nuestros consultantes o grupos con los que intervenimos.

De vuelta al contexto colombiano.

270

Posibilidades de las prácticas narrativas

El marco de la guerra exige, como se ha advertido, una disposición que no solo induzca al escrutinio minucioso de las secuelas de la violencia en las vidas de las personas, sino también al de las respuestas y formas de afrontamiento, pues uno de los supuestos de las prácticas narrativas es que siempre se responde. Las personas, en general, y quienes han sido víctimas de actos violentos en el marco del conflicto armado toman medidas protectoras para sí mismas y para aquello y aquellos que están interesados en preservar, y, aunque la violencia es contaminante, cuando la misma produce ira, además de impotencia y frustración, puede estimular la incorporación de relatos de liberación de la opresión a las historias. Estos emergen cuando se estimula la exploración de logros únicos y excepciones que cambian de lugar y de proporción –de historias de subyugación a historias de emancipación– y se pueden transformar en historias que enriquecen la identidad de sus protagonistas, lo que en el contexto de las prácticas narrativas constituye una oportunidad para otras negociaciones de los espacios de poder.

Liberarse de la opresión y construir convivencia –relaciones democráticas– entre diferentes requiere al menos de tres movimientos que comprometen la identidad individual y colectiva:

- Reconocerse como víctima: registrar la situación de desigualdad jerárquica y abuso de poder a la que se estuvo sometido o sometida durante la exposición a los actos violentos.
- Reconocerse como sobreviviente: identificar los recursos personales, familiares, comunitarios que han posibilitado protegerse de distintos riesgos y sobreponerse a los efectos de la violencia a lo largo del tiempo.
- Celebrar la vida: recuperar la posibilidad de imaginar un futuro libre de la influencia del conflicto armado y las violencias como un factor determinante en la estructuración de la vida personal y colectiva.

La voluntad de paz exige una construcción responsable y deliberada de relaciones de convivencia soportadas en la justicia social, la equidad y la colaboración, y, en el debate sobre la compleja red de circunstancias que

rodean a la violencia, es conveniente privilegiar narrativas de reconstrucción, lo que significa destacar en cada territorio y en cada familia las historias y los relatos que hilan la trama de la recapturación digna de las identidades de todos sus integrantes, sus reflexiones y sus capacidades para la alegría y la esperanza. También es pertinente practicar la doble escucha: instituciones, profesionales y líderes que hacen acompañamiento psicosocial pueden hacer que su trabajo promueva el desarrollo de varias historias en torno a las experiencias traumáticas vividas como una forma de enriquecer el relato sin revictimizar ni renovar la angustia.

271

Nadie es un receptor pasivo del trauma. Las personas siempre están respondiendo, sean niños o adultos. Ellos responden intentando minimizar los efectos de las dificultades, o para intentar que se detengan, o para intentar proteger a otros, etc. Estas respuestas habitualmente son menospreciadas o descalificadas tanto, que las personas comúnmente no están familiarizadas con sus propias respuestas. (Denborough 2010, 41)

Promover nuevos pasos: facilitar los contactos con diferentes sistemas, mapear redes de apoyo social y activar partes inactivas de las mismas, explorar símbolos, rituales y ceremonias que honren la memoria, al tiempo que estimulen la continuidad. Estar en actitud vigilante de la cultura, pues:

[...] la cultura está funcionando permanentemente en la reproducción del discurso dominante y nosotros no estamos fuera de esa reproducción, eso implica la necesidad de estar en autovigilancia permanente en nuestra práctica. (Latorre 2010, 2)

Complejizar las ideas que respaldan las prácticas narrativas, por ejemplo, externalizar no significa excusar a las personas de la responsabilidad de sus acciones. La externalización no es solo un ejercicio lingüístico que separa mecánicamente a las personas de sus actuaciones y de los efectos de las mismas. Implica explorar en detalle los paisajes de los que habla Bruner (1986): el paisaje exterior de la acción y el paisaje interior del pensamiento y las intenciones. Esto implica ejercitar la doble mirada y protegerse de los peligros de historias monolíticas que justificarían los actos violentos tras la excusa de las buenas intenciones. Posibilitar la emergencia de distintas historias posibles entre las poblaciones afectadas por el conflicto y entre los profesionales responsables de su atención provee recursos para enunciar acontecimientos y manifestarse sobre pensamientos y emociones respecto a los mismos en una evocación útil del pasado junto a un

juicio sobre la vida y el presente, lo que suscita la anticipación de futuros posibles, libres de violencia.

Entonces habrá valido la pena que Caín lleve una marca.

Referencias bibliográficas

272

- Anderson, Harlene. 1999. *Conversación, Lenguaje y posibilidades*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bertrando, Paolo. 2009. "Ver la Familia". *Psicoperspectivas Individuo y Sociedad* 22(60): 45-69. Valparaíso: Escuela de Psicología, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.
- Bertrando, Paolo, y Dario Toffaneti. 2004. *Historia de la Terapia Familiar*. Buenos Aires: Paidós.
- Boscolo, Luigi, y Paolo Bertrando. 1998. "No enamorarse de las ideas". Coloquio. Medellín, Antioquia: Universidad de Antioquia, UPB, Sistemas Humanos, Centro Persona y Familia, 25 y 26 de septiembre de 1998.
- Bruner, Jerome. 1986. *Realidad Mental, mundos posibles*. Barcelona: Gedisa.
- Chimpen, Carlos. 2017. "Fortaleciendo historias de resistencia: Terapia Narrativa en acogimiento residencial". *Revista Sistemas Familiares y otros sistemas humanos* 33 (1): 41-47. Buenos Aires: Asociación de Psicoterapia Sistémica de Buenos Aires-ASIBA.
- Denborough, David. 2010. *Alzando nuestras cabezas por encima de las nubes*. Adelaida: Fundación Internacional Centro Dulwich.
- Estrada Mesa, Ángela María, y Catalina Buitrago Murcia (eds.). 2016. *Recursos psico-sociales para el post-conflicto*. Ohio: A Taos Institute Publication.
- García Canclini, Néstor. 1995. *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
- Hernández Gutiérrez, Carolina, Ángela Milena Blanco López, y Nelson Molina Valencia. 2013. "Intervención sobre narrativas prototipo para la prevención del reclutamiento en niños y niñas de un municipio colombiano". *Diálogos para la transformación. Experiencias en terapia y otras intervenciones psicosociales en Iberoamérica*. 17-33. Dora Fried Shnitman (ed). Ohio: A Taos Institute Publications.
- Latorre, Ítalo, y Carolina Letlier. 2010. *Respondiendo a niños que han tenido experiencias significativas de trauma, una perspectiva narrativa*. Santiago de Chile: Pranas.
- Lax, William. 1997. "Narrativa, construcción social y budismo". *Construcciones de la Experiencia Humana*, 147-167. Marcelo Pakman (comp.), Vol II. Barcelona: Gedisa.
- Macnamee, Sheila, y Klaus Deissler. 2013. *Filo y Sofia en diálogo*. Ohio: A Taos Institute Publications y Chagrin Falls.
- Madanes, Cloé. 1997. *Violencia Masculina*. Barcelona: Granica.
- Maturana, Humberto. 2005. "Realidad: la búsqueda de la objetividad o la persecución del argumento que obliga". *Construcciones de la Experiencia Humana*. Marcelo Pakman (comp.) Barcelona: Gedisa.

- Morgan, Alice. 2000. *What is Narrative Therapy?*. Adelaide: Dulwich Centre Publications.
- Najmanovich, Denisse. 2008. “La complejidad: De los paradigmas a las figuras del pensar”. *Mirar con nuevos ojos*. Buenos Aires: Biblos.
- O’Hanlon, Bill. 2001. *Desarrollar Posibilidades*. Barcelona: Paidós.
- Pakman, Marcelo. 2000. “La marca de Caín: Conciencia y testimonio en la epistemología de la violencia”. *Sistemas Familiares* 16 (2) 9-23. Buenos Aires: Asociación Sistémica de Buenos Aires.
- Tomm, Karl. 1998. “Externalización del problema e internalización de la postura como agente”. Prólogo. *Guías para una Terapia Familiar Sistémica*. Michael White. (comp.). Barcelona: Gedisa.
- White, Michael, y David Epston. 1993. *Medios narrativos para fines terapéuticos*. Barcelona: Paidós.
- . 1994. “Asesorar al asesor”. *Guías para una Terapia Familiar Sistémica*, 203-218. Michael White. (comp.). Barcelona: Gedisa.
- White, Michael. 2002. *Reescribir la vida. Entrevistas y ensayos*. Barcelona: Gedisa.
- Zapata, Bárbara. 2015. “De la Intervención a la Interacción con familias: Construyendo relaciones colaborativas entre las familias, los técnicos y los equipos de la estrategia de acompañamiento Familiar”. Bogotá: ANUATSE.
- Zapata, Bárbara. 2007. “Entrevista con Shona Russell”. *Trabajo Social* 9: 147-149. Bogotá: Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Zapata, Bárbara. 2013. “Investigar narrativas familiares”. *La investigación y la práctica en Trabajo Social*. María Himelda Ramírez (Comp.), 139-161. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Zuleta, Estanislao. 1985. *Sobre la idealización en la vida personal y colectiva y otros ensayos*. Bogotá: Procultura.

Referencias en línea

- Centro Nacional de Memoria Histórica. 2018. “Cifras del conflicto armado en Colombia en los últimos 60 años”. Periódico El Tiempo. <https://www.eltiempo.com/justicia/investigacion/cifras-del-conflicto-armado-en-colombia-en-los-ultimos-60-anos-283920> (19 de febrero de 2019)